

La gestación de una identidad. Un museo de arqueología en el tejido social surandino



Lucila Bugallo

Editora de Estudios Sociales del NOA (IIT, FFyL, UBA/UNIHR, UNJU)



Axel E. Nielsen

Director del Instituto Interdisciplinario Tilcara (FFyL, UBA/Conicet)

El Museo Arqueológico Eduardo Casanova de Tilcara cumplió 50 años en 2018. La revista *Estudios Sociales del NOA* acompaña esta celebración con esta edición especial, conformada por los números 21 y 22, donde se presentan diez artículos de investigadores e investigadoras que se han abocado al estudio del pasado regional desde distintas disciplinas.

Los aniversarios son además buenos momentos para pensar sobre los desafíos que enfrentamos desde una reflexión crítica sobre el pasado. En este caso no solo sobre el pasado del museo, sino también acerca del de la arqueología y otras ciencias sociales, del modo en que fueron tejiendo su biografía junto al pueblo de Tilcara, y contribuyeron desde allí a la comprensión de la historia del noroeste argentino (NOA) en la larga duración.

El Museo fue concebido a principios del siglo XX, cuando Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti realizaban investigaciones arqueológicas en el Pucará por cuenta de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL-UBA). Por entonces Tilcara se consolidaba como localidad turística, que desde la inauguración del ferrocarril (1906) recibía un creciente número de visitantes y donde las clases altas de los centros urbanos del NOA —atraídas por las bondades del clima— construían sus casas de veraneo. A ellxs se sumaban pintores y otrxs artistxs inspiradxs por la belleza de los paisajes y las tradiciones locales. En este contexto, el proyecto de reconstruir el Pucará y erigir junto a él un museo para exhibir los materiales extraídos, surgió como una forma de contribuir, a partir de la investigación científica, al desarrollo económico y la vida cultural del pueblo. Resulta evidente desde la perspectiva actual, sin embargo, que aquella iniciativa adolecía de severas limitaciones, fundamentalmente las que le imponía una concepción —por entonces hegemónica— que negaba la supervivencia de los pueblos indígenas que precedieron a la Nación en estos territorios, los principales herederos de la historia y la cultura prehispánicas y de sus testimonios materiales. Esta ideología se encuentra claramente formulada en la placa que se colocó en el monumento erigido en 1935 en el Pucará, donde se encomienda a la arqueología la tarea de dar voz a estas culturas presuntamente extintas.

Los proyectos de Debenedetti no se concretaron en aquel momento, pero continuaron siendo impulsados por su principal discípulo, Eduardo Casanova. Fue él quien, tras gestionar la cesión del Pucará a la FFyL por parte de la Provincia en 1948 y llevar adelante su parcial reconstrucción, logró que el Poder Ejecutivo Nacional donara una antigua casona frente a la plaza central del pueblo para instalar el museo. Con este fin, se acondicionó el inmueble —a lo que contribuyó una donación de Rebeca Molinelli-Wells en memoria de su fallecido esposo, el arqueólogo Fernando Márquez Miranda— y se devolvieron a Tilcara muchas de las piezas extraídas durante las excavaciones realizadas por la FFyL en distintos antiguos de la Quebrada, junto a otras procedentes de distintas regiones del noroeste argentino y de otros países andinos, como Chile, Bolivia y Perú, contribuyendo así a dar proyección regional a la nueva institución. El Museo Arqueológico del Pucará —como se lo denominó inicialmente— abrió sus puertas al público el 27 de julio de 1968 con cinco salas y recibió en el primer año de su funcionamiento la visita de más de 20.000 personas.

La obra de Casanova culminó en 1972 con la creación del Instituto Interdisciplinario Tilcara (IIT) que, además del Pucará y el Museo Arqueológico, incluyó el Jardín Botánico de Altura, las quintas agronómicas vecinas, la residencia universitaria y un Centro de Investigaciones Regionales. Este fue un paso fundamental, no solo por reforzar el vínculo entre el complejo Pucará-Museo y la investigación que lo nutre, sino especialmente porque al situar las capacidades de una universidad pública como la de Buenos Aires fuera de la capital, en una posición alejada del centro hegemónico histórico del territorio argentino, creó condiciones propicias para generar conocimiento desde nuevos lugares, tanto de la geografía como de la sociedad.

Durante los primeros años, sin embargo, las investigaciones del IIT siguieron enfocadas en la arqueología de la Quebrada —en menor medida de la Puna y de los Valles— y la labor del Museo continuó dirigida principalmente al esparcimiento de las clases medias y altas de extracción urbana que residían en Tilcara o la visitaban como veraneantes y turistas. Algunos se nucleaban en torno a la Asociación Amigos de Tilcara, que promovía exposiciones, charlas, publicaba folletos y libros referidos a esta vida cultural local; la presencia de varixs pintorxs radicadx en el pueblo llevó a crear también la Casa del Artista. Para estos grupos, la arqueología era un rubro más de una “Cultura” (con mayúscula) general y universalista, cuyo consumo los distinguía de los sectores populares. Esta noción de “lo culto” no es exclusiva de Tilcara, pero encontró aquí un terreno muy fértil donde afuerinx, cultura letrada y arqueología fueron entretejiéndose, enmarcando al museo en ese discurso que valorizaba con folklórica nostalgia las raíces prehispanicas de la nacionalidad pero desconocía a los pueblos indígenas como sujetos políticos contemporáneos.

A pesar de todo, muchxs vecinx de Tilcara de ascendencia indígena participaron activamente en la vida del Instituto. Levantando muros en la reconstrucción del Pucará, trabajando pico y pala en mano junto a lxs arqueológxs en los antiguos, cultivando las quintas y el jardín botánico o manteniendo las instalaciones, nutrieron cada día a la institución con sus conocimientos y su trabajo. De un modo u otro, el interés por el pasado prehispanico contribuyó efectivamente al crecimiento económico de la zona y fue modelando la identidad y el imaginario de Tilcara, declarada Capital Arqueológica de la Provincia en 1967. Sus calles fueron tomando nombre de arqueólogos (Ambrosetti, Debenedetti, Schuel...) y la Escuela Normal fue bautizada “Dr. Eduardo Casanova”, al igual que el Museo Arqueológico, que tomó este nombre al morir su fundador en 1977.

Fue tras el retorno a la democracia que la institución comenzó a cambiar de rumbo y desplegar otras potencialidades. Bajo la dirección de Guillermo Madrazo (1984-1987), cuyo trabajo conjugaba de forma brillante historia, arqueología y antropología, el Instituto empezó a desarrollar efectivamente una perspectiva interdisciplinaria

que, con el tiempo, abarcó también la geografía, la sociología, la educación y ciencias naturales como la biología y la geología. Dejó de lado la búsqueda de piezas para nutrir su colección arqueológica (que no creció desde entonces) y asumió otras tareas de importancia para avanzar en el conocimiento de la historia del pueblo, como los rescates de materiales arqueológicos expuestos accidentalmente por agentes naturales o por tareas de construcción asociadas al crecimiento del área urbana. Para difundir los resultados de sus investigaciones en el medio académico, impulsó distintas publicaciones, como *Cuadernos de Investigación y Avances en Arqueología*. Vale recordar entre ellas la *Introducción a la geografía histórica de la Quebrada de Humahuaca, con especial referencia al pueblo de Tilcara* de Mirta Seca (1989), que es hasta hoy una de las pocas obras sobre la historia del pueblo, consultada año tras año por estudiantes del Profesorado de Historia de la localidad. Por entonces se fundó la revista *Estudios Sociales del NOA* (1997, renovada en 2010 como *nueva serie*), que se ha convertido en un importante foro de discusión sobre los avances de la investigación social en todo el ámbito regional. A comienzos de la década de 1990, el IIT comenzó además a hospedar encuentros científicos de variadas características, a menudo de alcance internacional.

Con el paso de los años aumentó el número de investigadorxs afiliadxs, con la incorporación de jóvenes formadxs en distintas universidades del país que eligieron vivir y criar sus familias en Tilcara y otras localidades de la Quebrada o Jujuy, asumiendo de este modo un compromiso vital con la tierra y su gente. Esto se tradujo en la creciente intervención de profesionales del IIT en instituciones educativas y de difusión, orientadas al público local, como talleres, escuelas, profesorados, radios y otros medios de comunicación. Varixs de ellxs participaron también en las carreras inauguradas por aquellos años en la Universidad Nacional de Jujuy. Un ejemplo paradigmático de esta producción, que en gran medida recogía los resultados de investigaciones impulsadas hasta entonces desde el IIT, es el texto de historia regional para el nivel primario coordinado por María Ester Albeck, *Quebrada de Humahuaca: Más de 10.000 años de historia* (Plan Social Educativo y Secretaría de Extensión Universidad Nacional de Jujuy, 1996), reeditado por el Ministerio de Cultura y Educación de la Nación y distribuido gratuitamente a miles de niñxs en las escuelas de la Quebrada.

La expresión “10.000 años de historia” hizo su camino a lo largo de los años hasta convertirse en un lugar común para aludir al pasado indígena en la quebrada de Humahuaca y en la provincia de Jujuy, como si siempre hubiese sido aceptada. En verdad, este concepto refleja un cambio paradigmático ocurrido a fines del siglo XX en las ciencias sociales, con el que se cuestionó la distinción entre sociedades letradas “con historia” y pueblos ágrafos, presuntamente carentes de ella, que de este modo se entendían como resabios inmutables de un pasado ignoto de donde la arqueología debía exhumarlos. No puede pasar desapercibido que la escritura alfabética —y la concepción estrecha de historia que en ella descansa— llegaron a estas tierras con la conquista, la biblia y la imposición de títulos de propiedad, como las mercedes de tierras. Reinscribir los pueblos indígenas en la historia, entonces, significa también visibilizar la violencia del encuentro colonial y los procesos por los cuales los pueblos originarios fueron despojados de sus tierras, sus lenguas y sus mundos de vida, horizonte de valores y saberes. Surgió así el espacio para otras narrativas sobre el pasado y sobre el presente y, con ello, la posibilidad de las ciencias sociales de poner sus herramientas al servicio de otros sujetos y otros proyectos, surgidos desde el campo indígena y popular. Haciéndose eco de este cambio de perspectiva, el Museo inauguró a comienzos del siglo XXI, una exposición temporaria desarrollada con lxs trabajadorxs no-docentes y vecinxs de Tilcara sobre el Malón de la Paz, la épica marcha realizada en 1946 por pobladorxs indígenas de la Puna y los Valles en reclamo de sus tierras.

El giro decisivo, sin embargo, vino de la mano del movimiento indígena, que logró el reconocimiento de la preexistencia de los pueblos originarios de la Argentina en la

Constitución reformada de 1994 y la adhesión del país al convenio 169 de la OIT, que compromete al Estado a garantizar los recursos que permitan su integridad social y cultural, incluidas las tierras que tradicionalmente ocupan. Al abrir el debate sobre el territorio, estas conquistas interpelaron fuertemente la posición de la arqueología, principalmente, pero también de otras ciencias sociales, tanto en Tilcara como en el resto del NOA. La historia reciente del IIT está claramente atravesada por estas controversias que, en última instancia, ponen en discusión la relación entre las comunidades indígenas y el Estado argentino, y el papel que en ella juegan la ciencia y la educación. Entre las principales demandas planteadas se encuentran la implementación de la consulta libre, previa e informada ante la realización de cualquier investigación y la participación activa de los pueblos indígenas en la gestión e interpretación de su patrimonio cultural.

Estas interpelaciones obligaron a la arqueología —que todavía es una de las principales disciplinas cultivadas en el IIT— a revisar críticamente su lugar en la sociedad. Prueba de esto fue el retiro de los restos humanos que hasta entonces se exhibían en el Museo, en atención a los acuerdos realizados entre grupos indígenas y arqueólogos a nivel nacional y plasmados en la llamada “Declaración de Río IV” (2005). También se celebraron dos ediciones (2009 y 2010) del “Encuentro sobre Práctica Arqueológica y Comunidad” (ESPAC), donde la labor arqueológica fue puesta abiertamente en discusión con referentes de comunidades indígenas de la región. Por cierto, revertir la herencia colonial de esta disciplina es un proceso complejo y no exento de tensiones, pero la institución ha buscado desde entonces solidarizar sus acciones con los proyectos de las comunidades locales, respetando sus derechos y manteniéndose receptiva a otras formas de entender las cosas.

En las primeras décadas de este siglo Tilcara creció a un ritmo inusitado, al igual que el número y diversidad de quienes la visitan. El IIT acompañó este crecimiento incorporando investigadorxs y guías originarixs de la Quebrada y otros lugares de la provincia, muchxs de ellxs formadxs en la Universidad Nacional de Jujuy y en profesorado de la región, que aportan experiencias y miradas diferentes. Además, expandió su oferta, con actividades de extensión para distintos públicos, seminarios doctorales, maestrías y especializaciones que buscan responder a demandas regionales, acercando a Tilcara docentes e investigadorxs no solo de la FFyL, sino también de otras instituciones nacionales e internacionales que forman parte de su red académica. Para dar cuenta de su creciente complejidad, la institución fue reorganizada en 2013 como Centro Universitario Tilcara (CUT).

Recientemente, el Museo reestructuró por completo la muestra estable para renovar su lenguaje visual y ajustarla al estado actual del conocimiento arqueológico. Le agregó una sala centrada en el calendario ritual de los pueblos de la región, con lo cual se pone de relieve su importancia en las concepciones productivas y en los modos de existencia locales. También abrió los laboratorios y las colecciones que alberga a comunidades locales para que se acerquen a estudiar el legado de sus antepasados en función de sus propias preguntas y empleando sus propios métodos. Convocó a investigadorxs y vecinxs para intercambiar memorias en torno al fuego, a artesanas ceramistas a realizar piezas a partir de la observación de la cerámica prehispánica regional y a músicxs con lxs que se realizaron interesantes experiencias con instrumentos locales prehispánicos. El Museo fue así repensándose junto con la noción actual de cultura (sin mayúscula) que logró instalarse en las últimas décadas del siglo XX y que ya no se piensa como una mercancía para ser consumida, sino como un proceso de transformación. Cultura es lo propio de todas las sociedades. El Museo celebra así sus 50 años, tomando una bocanada de aire fresco de la calle, del patio de la abuela, de los sikuris que bajan del cerro, de la comparsa del carnaval, invitando al pueblo a habitarlo y convertirlo en un ámbito polifónico y diverso.